



Jesús Cañas Murillo

**Una lectura del soneto 143 de Burguillos,
con la guerra contra el gongorismo y
contra Pellicer al fondo**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Jesús Cañas Murillo

Una lectura del soneto 143 de Burguillos, con la guerra contra el gongorismo y contra Pellicer al fondo

Universidad de Extremadura

Que unos se mueren para que otros vivan

Enterraron un mico los persianos
de la embajada de aquel rey primera;
dizen que era almizcleño como pera,
bufón de ozico y jugador de manos.

Allí, supersticiosos, quanto humanos, 5
higos y almendras y una polla entera
le ministrava el que de todos era
alcoranista de sus ritos vanos.

Salía un español de unos olivos
(¡oh consonantes, qué facéis de tuertos!), 10
y hurtava los piadosos donativos.

¡Oh terribles del mundo desconciertos,
que con necesidad los hombres vivos
coman las honras de los micos muertos!

(Lope de Vega, Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos)

Una de las creaciones fundamentales aparecidas en el ciclo vital de Lope de Vega que Juan Manuel Rozas llamó, en su momento, de senectute, son las Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos. Forman éstas un poemario construido de manera auténticamente moderna. No es una colección de «varias poesías sagradas y profanas», al estilo de las que realizaron otros poetas de la época. Es un libro unitario, pensado, planificado y estructurado con criterios que bien podrían haber sido utilizados por un creador de nuestros días.

Contienen las Rimas de Burguillos ciento setenta y nueve poemas distribuidos en dos partes. La primera, la mayor, recoge las Rimas humanas. No tienen éstas epígrafe específico de separación o identificación. La segunda, más breve, con apartado propio y diferenciado, incluye las Rimas divinas. Entre las dos partes existe una evidente desproporción. El bloque mayor de textos se inserta en las Rimas humanas, en las que detectamos ciento sesenta y ocho composiciones. El bloque menor, en las Rimas divinas, que dan cobijo sólo a once piezas. Tal descompensación podría hacer pensar que la parte fundamental es la primera. Que la segunda no constituye sino un mero apéndice; incluso, -teniendo en cuenta la temática general de la obra, grave y, a veces, conflictiva-, una mera excusa para dulcificar y disimular, con piezas de carácter sacro, -más serias y, en ocasiones, más apreciadas y tomadas en consideración-, el verdadero centro de atención, el verdadero contenido y el auténtico significado profundo de todo el poemario.

Todas las composiciones que contiene son atribuidas por Lope de Vega a un escritor del que él se dice mero editor: Tomé de Burguillos. Es éste un personaje que ya antes había sido utilizado por el Fénix. Aparece por vez primera en la Justa poética y alabanzas justas que hizo la insigne villa de Madrid al Bienaventurado San Isidro en las fiestas de su Beatificación (Madrid, 1620). Reaparece en las Fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la Canonización de su Bienaventurado hijo y patrón San Isidro (Madrid, 1622). Figura en poemas incluidos en algún código de Lope, como el código Durán, en el que, inédito, se encuentra un poema, «Porque no echéis a perder», del que se explica que son

Décimas glosando la redondilla anterior por el Dr. Burguillos Beneficiado de Nava de la Gamella.

Incluso, después de las Rimas humanas y divinas, vuelve a hacer acto de presencia en otra obra del Fénix, en su volumen póstumo La Vega del Parnaso, en la que se incluye un texto de Burguillos dedicado a Lope. El personaje de Burguillos ya era famoso en 1621, como lo prueba el que aparezca mencionado en un soneto de Góngora dedicado A los mismos, es decir, A los apasionados por Lope de Vega, a quienes dirige el texto anterior.

No es el Licenciado Tomé de Burguillos un agonista que se mantenga inmutado a lo largo de toda la producción literaria del Fénix. Sufre una evolución. Al principio, cuando aparece en las justas isidriles de 1620 y 1622, es poco más que un seudónimo para poder presentar poemas en un concurso en el que Lope, como mantenedor, no puede abusar de su nombre, y también una forma de separar la poesía burlesca de la grave. Después, con el paso del

tiempo, y ya en el «ciclo de senectute», se convierte en algo mucho más complejo. De todos modos, el uso más completo y acabado de él se hace en las Rimas humanas y divinas. Aquí, en el «Advertimiento al Señor Lector», sito en los preliminares del libro, a Tomé de Burguillos se le crea una biografía, con lo que se acentúa su independencia con respecto al Fénix. Aquí la importancia de Burguillos reside en que se ve convertido en un auténtico heterónimo, el primero suficientemente perfilado del que tenemos noticia en nuestra historia literaria, muy anterior a los famosos creados por Fernando Pessoa en la literatura portuguesa, o por Antonio Machado y Max Aub en la española. Él sirve de medio a Lope de Vega para exponer unos contenidos, unas críticas, unos ataques contra la realidad de su época y las personas que la protagonizaron, que quizá él directamente nunca se hubiese atrevido a insertar en una composición suya, firmada con su nombre real.

No es posible entender el contenido de las Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos, y, en sentido amplio, todo lo que a ellas les concierne, todo lo que con ellas se relaciona, sin situarlas en el contexto de la lucha del Fénix contra Góngora, los culteranos en general y, específicamente, los gongorinos. No es posible comprender la obra sin tener presente y tomar en consideración la guerra literaria que se desató entre Lope de Vega y el erudito aragonés, y comentarista gongorino, José Pellicer de Tovar. Aquéllos son constante objetivo de sus ataques. El zaragozano se convirtió, en estos años de su vejez, en la bestia negra del Fénix, en el objeto de muchas de sus obsesiones, en la diana contra la que dirigió sus dardos dialécticos, sus acometidas. Es una de las más importantes, y duraderas, batallas libradas por Lope en el «ciclo de senectute». Una batalla perfectamente estudiada, en su momento, por Juan Manuel Rozas. A sus trabajos remitimos.

La mayor parte de las composiciones insertas en las Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos son sonetos. Entre ellos, se encuentra uno, el que hace el número ciento cuarenta y tres, que fue creado entre los años 1630 y 1632. Es aquel cuyo texto recogemos al principio de este trabajo. Aparentemente tiene un contenido inocuo, convencional. De todas formas, su lectura atenta puede revelar la inclusión de un contenido mucho más serio, más engarzado en las líneas argumentales profundas del libro, y en preocupaciones básicas que asaltaban a Lope de Vega en los años de su existencia, -en su «ciclo de senectute»-, en los que compone el poemario del que nos estamos ocupando.

El contenido literal del soneto es simple. Cuenta cómo los persas entierran a un mono que había fallecido, y cómo, en su tumba, a modo de ofrenda, le son dejados diferentes tipos de alimentos: «higos y almendras y una polla entera». Un español hambriento, oculto entre los olivos, observa la escena, sale de su escondite y roba los manjares del difunto, que, así, y aunque no son suyos, le sirven a él de sustento. Ello da pie al poeta para quejarse de los «terribles» «desconciertos» «del mundo», un mundo en el que se puede ver cómo «con necesidad los hombres vivos / coman las honras de los micos muertos».

El soneto puede tener una interpretación más profunda. Puede situarse en la línea de todos aquellos textos de las Rimas humanas y divinas dedicados a arremeter contra sus enemigos literarios, Góngora, los culteranos, y, especialmente, gongorinos, y el propio Pellicer, el odiado, por él, comentarista del gran poeta cordobés. El mico, almizcleño, hociquero y jugador pudiera ser el propio Góngora, muerto en 127. A él sus seguidores, supersticiosos y faltos, para seguir su camino, de personalidad e ingenio propios, dispuestos a perseverar en

sus ritos vanos, en sus usos poéticos equivocados, y presididos por un alcoranista, un moro, no un cristiano ni cristiano viejo (¿Pellicer, aquí directamente atacado?), le entregaban ofrendas. Otros vivos, otros comentaristas, se aprovechan del muerto y de las ofrendas que le habían dejado. Así, de los micos muertos (verso 14), de Góngora, se aprovechan, viven, los hombres vivos (verso 13), los comentaristas.

No obstante, quizá resulte ésta una lectura, -pues no consiste en otra cosa nuestra propuesta-, demasiado atrevida. Tal vez, incluso, en exceso. Pero es una hipótesis que no podemos en absoluto descartar con rotundidad, una interpretación que puede resultar verosímil en el contexto en el que se produce la composición del soneto, un contexto que líneas más arriba tuvimos ocasión de recordar.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo